

Sacerdos, alter Christus

Perfil del sacerdote en los escritos del padre Marcial Maciel

por Antonio Izquierdo

El cristocentrismo constituye la característica fundamental y específica de la espiritualidad legionaria... Hagan a Cristo criterio, centro y modelo de toda su vida religiosa, sacerdotal y apostólica (Constituciones, 223). En este texto se refleja el alma sacerdotal del fundador de los Legionarios de Cristo y se resumen las grandes líneas de su concepción sobre el sacerdote católico.

El alma sacerdotal del padre Maciel

En los primeros años de su juventud le atrae identificarse con Cristo Salvador. Las necesidades de las almas y su salvación eterna le interesan de modo particular. Así vemos que escribe a su papá: «Mi mayor placer, cuando sea sacerdote, será poder salvar a tantas almas descarriadas que ahora se hallan sumergidas en las tinieblas del pecado, y mostrarles el camino que conduce al cielo»¹.

¹ *Epistolario*, al señor Francisco Maciel, 4 de junio de 1937.

En 1940, en una carta al hermano *Ciro*², desde el seminario de Montezuma, asegura, fundado en las promesas del Sagrado Corazón, el establecimiento de su reinado: «Vamos a establecer su reinado, vamos a transformar el mundo, vamos a darle almas en número extraordinario; en una palabra, a hacer que los hombres cumplan con el primer mandamiento de la Ley»³. En las líneas siguientes de esta misma carta se da cuenta de que seguir las huellas de Cristo Salvador requiere identificarse con las virtudes y estilo de vida de Jesucristo. He aquí cómo él lo formula: «Para poder hacer esa obra que admirarán los ángeles y los hombres, es preciso que cada uno de nosotros sea un Cristo, un Cristo, sí, que conmueva los corazones más empedernidos; y para ser Cristo tenemos que imitarlo muy de cerca»⁴.

A las puertas de su ordenación sacerdotal, en noviembre de 1944, deja traslucir su anhelo de identificación con Cristo en este texto: «Tú serás mi sostén. Tú mi refugio. Tú mi alegría en medio de mis lágrimas; y seré tuyo, y seré tu sacerdote y me donaré a ti por manos de María; y tú serás ese día más mío y yo me perderé en ti y me haré hostia; y día tras día, con mi mirada blanca y pura por el dolor de mis pecados, miraré al Padre en nombre tuyo, me inmolaré contigo en el altar»⁵. Encontramos ya fundidas sus dos grandes preocupaciones sacerdotales: ser otro Cristo para salvar a los hombres sus hermanos.

En julio de 1946 concreta estas dos grandes preocupaciones en una carta en la que confronta las necesidades urgentes del mundo con la

² En el seminario de Montezuma, el seminarista Marcial Maciel formó un grupo de unos 20 seminaristas, entre los que se hallaba el hermano *Ciro*, con los cuales intentó iniciar, por segunda vez, la fundación que Dios le había inspirado.

³ *Epistolario*, al hermano *Ciro*, año 1940.

⁴ *Id.*

⁵ *Diario*, noviembre de 1944.

misión de la Legión de Cristo. Siente su alma desgarrarse ante un mundo sin Cristo: «Cuando pienso en el mundo que se apaga y muere por falta de conocimiento de Cristo, cuando pienso en el caos profundo en que se desbarranca la inquieta y ciega humanidad por falta de Cristo, cuando contemplo las ruinas y falta de fecundidad en tantas almas buenas por falta de Cristo, cuando veo a toda esa mole obrera afiliarse a las sectas comunistas por falta de Cristo, cuando me encuentro con la fuerza de la juventud marchita y destrozada en la primavera misma de la vida por falta de Cristo, no puedo ahogar las quejas de mi corazón. Quisiera multiplicarme, dividirme, para escribir, predicar, enseñar a Cristo. Y de las entrañas mismas de mi ser, del espíritu mismo de mi espíritu brota contundente este grito único: ¡Mi vida por Cristo! Recristianizar a la humanidad. He ahí nuestra misión, he ahí nuestro fin, he ahí la razón de nuestro humilde instituto»⁶. Para cristianizar este mundo brevemente descrito, para evangelizarlo diríamos hoy, hacen falta hombres de grande talla espiritual, humana e intelectual.

El padre Maciel bosqueja a ese hombre, tal como él lo concibe según el carisma recibido de Dios: «¡Misionero del Corazón de Jesús! Hombre de Dios, angelical, instruido, prudente, astuto, sencillo, distinguido, noble, generoso, emprendedor, constante, valeroso, olvidado de sí mismo. ¡Alter Christus! Que su semblante respire pureza; su mirada apacible, profunda, reposada; sus labios sello de discreción y gravedad; que en su frente se revele todo un tesoro de sinceridad; que sea un reflejo de la verdad eterna que ilumine los caminos de las almas. Que toda su persona esté esmaltada de dignidad y de nobleza unida a una encantadora sencillez. Que sepa tender la mano con santa y franca amistad a todas las almas, que los invite a acercarse a Cristo

⁶ *Epistolario*, a los novicios del Sagrado Corazón, 2 de julio de 1946.

sin temores y les descubra jovialmente el anhelo que le abrasa de compartir sus afanes y amarguras, que sea *alter Christus*»⁷.

Con estos precedentes se explica la insistencia del padre Maciel en que el sacerdote se identifique con Jesucristo, y en la subordinación de cualquier otra cosa (edad, ciencia, cultura, prestigio) a esta identidad objetiva con Cristo. Esta identidad se ha de procurar sobre todo en ideas, voluntad y sentimientos para enseñarse a pensar, querer y sentir como Jesús.

Subraya el padre Maciel la identidad con Cristo crucificado, en cuanto camino seguro e inequívoco de redención y de santificación: «Os recuerdo, hijos queridísimos, que la única prerrogativa, el único derecho que adquiere el hombre cuando es investido de la sublime dignidad sacerdotal es el de la cruz, el de la humillación como medio único de glorificar a Dios y salvar las almas»⁸. Debe ser tal la identidad del sacerdote con Cristo, en su seguimiento, que caminar en el sacerdocio sin seguir cuidadosamente las huellas y el ejemplo de Jesucristo es vivir en la utopía, ya que para el sacerdote no hay más camino que él y él es el camino, la verdad y la vida.

Esta identidad, que coincide con el don de la santidad, se alcanza por la experiencia y el amor más que por la ciencia teológica o la lectura de hombres sabios. Se trata del conocimiento que aporta la luz de una fe sencilla y gigantesca; y más todavía el conocimiento íntimo y experimental con que sólo le conocen los que saben amarle; los que por el amor penetran en el seno de su intimidad, llegando hasta él y saborean su contemplación más con su amor que con su raciocinio.

⁷ *Id.*

⁸ *Epistolario*, a cuatro padres diáconos en el día de su ordenación, 26 de octubre de 1958.

De ahí la urgencia radical de ser hombre de oración, hombre de sagrario para facilitar a Dios el don de esa experiencia inefable. Con razón escribe: «Sin oración mental diaria..., sin trato amoroso con Jesucristo Eucaristía... es imposible ser un sacerdote santo. Porque el sacerdote santo es aquel que está lleno del conocimiento de Dios y de Jesucristo... es el hombre del amor apasionado y absorbente a Cristo y a las almas. Para lograr esto es indispensable la oración⁹. De ahí también la absoluta necesidad de la humildad, condición indispensable para la experiencia de Dios, incomprendible para quien juzga según la sabiduría de la carne, pero para quien juzga según Dios, sabiduría divina, envuelta en el misterio de Cristo crucificado.

Grandes líneas de la concepción sacerdotal

Las grandes líneas de la concepción sacerdotal del padre Maciel se pueden reducir a seis: la elección, la vocación, la formación, la consagración, la misión y la consumación de la vida sacerdotal.

1. La elección: «Yo os elegí a vosotros» (Jn 15,16)

El padre Maciel resalta en la elección el misterio de amor eterno por parte de Dios. No hay otra razón. La vocación es un misterio de amor. «No les quiso —escribe— primero hombres, después cristianos, más tarde legionarios y luego sacerdotes. Los amó y los creó para que fueran conforme a la imagen de su Hijo en esta particular vocación religiosa; y cada etapa, cada momento de su vida es parte integrante

⁹ *Epistolario*, a los nuevos sacerdotes, 15 de agosto de 1983.

de ese plan maravilloso y eterno de Dios sobre sus vidas»¹⁰. Dios, con amor inenarrable, trazó para cada uno un plan, un camino que inició en un momento y lugar determinados, y como prueba de respeto sometió casi incomprensiblemente este plan a la libertad de cada uno.

La elección divina está finalizada: colaborar con Jesucristo en la obra de la redención de la humanidad, haciendo que los hombres lo conozcan, lo amen, lo pongan en el centro de su vida. En razón del amor de predilección y de la responsabilidad que la elección implica, ésta no está exenta de consecuencias para el elegido. El padre Maciel indica dos de ellas: 1) La seguridad en la vocación: «De haberle elegido usted, podría haber la duda de si se habría equivocado o no, si podría perseverar o no; pero si le ha elegido él, no cabe engaño, ni prueba, ni ensayo, sino seguridad, pues él sabe lo que ha elegido»¹¹. 2) La actitud de servicio: «Siendo él quien lo eligió, sus consideraciones, sus preguntas todas deben volverse a él: ‘Señor, ¿qué quieres que haga?’ (Hch 9, 5)»¹².

2. La llamada: «Sígueme» (Mc 2, 14)

Ante todo, el llamado de Dios es un don, algo que proviene enteramente de la bondad del corazón de Dios. «La vocación, queridos hijos, es el mayor regalo que Dios ha podido depositar en sus almas. Todos ustedes han sido llamados por Dios para tener en su vida una gran misión...»¹³. Este don de Dios se hace evidente a los hombres a

¹⁰ *Epistolario*, a los neovocados de Salamanca (España), 15 de septiembre de 1986.

¹¹ *Epistolario*, a un legionario, 23 de agosto de 1969.

¹² *Ib.*

¹³ *Epistolario*, a hermanos apostólicos, 10 de diciembre de 1976.

través de tres elementos fundamentales: 1) La vocación: un llamado personal del Señor, que se ha hecho realidad a través de una persona o de una situación concreta o de un acontecimiento singular. 2) La idoneidad del llamado para seguirla. 3) La generosidad en la respuesta a la llamada personal del Señor. Para que estos elementos se evidencien y capten más fácilmente hacen falta algunos requisitos: 1) Un ambiente o clima de oración, porque la vocación es siempre un asunto muy personal entre el Creador y la creatura, entre Dios y el ser humano. 2) La dirección espiritual, porque Dios nuestro Señor siempre se vale de otros seres humanos para ayudarnos a encontrar nuestro camino. 3) La disponibilidad y la indiferencia del alma ante lo que Dios quiera.

Dios llama no por otro motivo que la necesidad de hombres para llevar a cabo su plan de salvación, la improrrogable urgencia de continuadores de su misión en el mundo. «En este día Cristo pasa junto a la ribera de vuestra vida joven. Prestad atención a su llamado y seguidle decididamente, como lo hicieron un día aquellos discípulos a quienes el Maestro les dijo: ‘Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres’. Cristo tiene necesidad de cada uno de vosotros, como la tuvo de Pedro, de Santiago y de Juan. Vosotros sois las manos, los pies, los ojos, la mente, el corazón de Jesucristo; sois los canales y los medios por los que él se va a comunicar a la humanidad»¹⁴. Dios llama en la libertad y espera una respuesta desde la libertad. Ni impele ni allana el libre albedrío de los hombres. Dios da las cualidades, invita; pero después el hombre es libre para responder a Dios sí o no. Una respuesta coherente y honesta al llamado exige sensibilidad y generosidad de espíritu y, en particular, «una comprensión de la misión dura, pero esplendorosa de la Iglesia, ocupada ahora más que

¹⁴ *Ritual* de la Legión de Cristo, 42-43.

nunca en enseñar a los hombres su verdadero ser, su fin, y desvelar ante los espíritus fieles las inmensas e inefables riquezas de la caridad de Cristo»¹⁵.

La respuesta positiva al llamado divino comporta una ruptura con el pasado y una lucha constante por la fidelidad. Se trata de una ruptura que conlleva un cambio de vida, propio de la vocación sacerdotal: «Se nos pide dejar cosas, personas, ambientes...que formaban una parte fundamental de nosotros mismos. Se realiza así un cambio de vida que puede comenzar por las cosas más externas, como es el dejar la carrera, pero que en realidad es sólo un símbolo del verdadero cambio que hay que realizar, que es el cambio interior»¹⁶.

3. La formación: «Hasta formar a Cristo en vosotros»

(Ga 4, 19)

La formación para el ejercicio del ministerio sacerdotal es una necesidad, como lo es para cualquier otra profesión; una necesidad más acuciante incluso, debido al carácter bipolar del sacerdocio: un hombre como los demás, pero investido de un poder y de una autoridad sobrenaturales. «Yo le pido muy de veras a Dios nuestro Señor que les haga comprender la necesidad que tienen de una sólida y selecta formación, porque de lo contrario haremos fracasar los planes que Dios tiene formados para la conquista del Reino»¹⁷.

¿Qué significa formar a un joven para el sacerdocio? Significa principalmente conformar la propia vida a la de Cristo, ser otro Cristo.

¹⁵ *Epistolario*, a un legionario, 23 de marzo de 1968.

¹⁶ *Epistolario*, enero de 1985.

¹⁷ *Epistolario*, a novicios, octubre de 1950.

Por ello, el padre Maciel pregunta en una carta: «¿Hasta qué punto estoy hecho a identificarme con Cristo en la salvación de las almas y la glorificación del Padre en mi vida real y ordinaria?»¹⁸. Esta identificación con Cristo pasa por un proceso de transformación desde el conocimiento a la interiorización y luego a la vivencia personal. «La transformación en Cristo es un proceso que va del *conocimiento* al amor y del *amor* a la *imitación*. Finalmente, quien ha conocido y ama a Cristo, experimenta el deseo ardiente de *comunicarlo* a los demás; y su mejor medio de comunicación es el testimonio que ofrece su imitación del Maestro»¹⁹.

El padre Maciel concibe la formación como autoformación, como un proceso dinámico de personalización bajo el impulso de los tres grandes protagonistas de la formación sacerdotal: el Espíritu Santo, el formador y el formando. Esta autoformación es una espada de dos filos que hay que saber manejar con destreza y habilidad para obtener los resultados apetecidos: «La autoconvicción fue, es y será la piedra angular de la formación legionaria, una espada de dos filos, que puesta ciertamente en manos torpes, irreflexivas e imprudentes, es dañosa; mientras que puesta en manos sensibles y atentas es prenda de triunfo completo»²⁰. El sentido de autoformación impulsa al formando a defender su vocación frente a cualquier veleidad o crisis de la vida, frente a personas extrañas que no aprecian la vocación al sacerdocio, parientes que por un mal entendido cariño intentan disuadir de servir a Dios o incluso compañeros que en momentos de crisis o de derrota personal pretenden inocular su veneno.

¹⁸ *Epistolario*, a los legionarios de Roma, 29 de marzo de 1956.

¹⁹ Marcial Maciel, *La formación integral del sacerdote católico*, CES, Roma, 1991, p. 100.

²⁰ *Epistolario*, a novicios, 26 de agosto de 1969.

Esta formación es cuádruple: espiritual, humana, intelectual y apostólica. «Quisiera encontrar en cada uno realizada la figura del legionario tipo, del legionario total quien, a imagen del Señor, se caracteriza por una cuádruple formación: formación religiosa, formación apostólica o combativa, formación intelectual y formación humana. Esta formación hace del legionario que la ha asimilado un hombre dispuesto, preparado, eficiente para trabajar por el reino de Cristo»²¹. El fundamento de tal formación no puede ser otro que Jesucristo: un hombre unido a Dios, profundo conocedor de la fe de su pueblo y de las promesas hechas por Dios; obsesionado por la salvación de las almas; que conoce profundamente la cultura de su tiempo y la sagrada Escritura y, finalmente, dentro de su pobreza, vive una calidad humana insuperable.

Esta formación requiere tiempo, esfuerzo y dedicación. No es fruto del azar ni de la improvisación irresponsable. «Nada más necio que pensar que se puede llegar a ser legionario de cuerpo entero en un abrir y cerrar de ojos. El legionario no se improvisa. Es necesario formarlo y formarlo con tiempo. Tenaz ha de ser la Legión en el adiestramiento y moldeo de sus hombres a fin de que lleguen a cumplir de lleno las altas y delicadas funciones a que han de dedicar su vida»²².

De esta formación sólida, esmerada y completa depende el éxito de cada legionario como apóstol y de la Legión en cuanto institución al

²¹ *Epistolario*, a novicios y humanistas de Salamanca, 12 de abril de 1976. El padre Maciel dedica numerosas páginas de su correspondencia epistolar a desarrollar cada uno de estos campos de la formación, pero por razón de espacio las omitimos. Para una visión de conjunto de este desarrollo, véase: *La formación integral del sacerdote*, CES, Roma, 1991, cap. 3.

²² *Epistolario*, a los legionarios, 5 de abril de 1950.

servicio de la Iglesia: a mayor preparación humana, espiritual, intelectual y social, el éxito será mayor.

4. La consagración: «Recibid el Espíritu Santo»

(Jn 20, 22)

La consagración configura al hombre con Cristo. Una tal misteriosa obra de Dios en el hombre reclama conciencia y responsabilidad, pues se confiere al sacerdote una asimilación ontológica y mística con Cristo, sumo sacerdote de la nueva Alianza, para repartir entre los hombres las bendiciones de Dios, la fe, el perdón y la gracia. Tal configuración ontológica no puede dejar indiferente al sacerdote, sino inducirlo a una configuración espiritual y moral, de modo que no sólo en el orden del ser sino también en el del obrar se realice una verdadera identidad. «La realidad íntima y profunda de nuestro sacerdocio es ésta: somos 'otros Cristos', y como él, también nosotros, cada uno personal e individualmente, debe ofrecerse a Dios 'para hacer su voluntad' (Hb 10, 7), con un amor generoso, total, lleno de solicitud, que no busca más gloria que la del Padre; con un amor obediente, que repara la desobediencia del pecado de Adán (Flp 2, 6) y se inmola en ofrenda permanente de alabanza a Dios»²³.

Ante la grandeza de esta configuración y la pequeñez de la persona del sacerdote no es posible otra actitud sino la oración humilde y agradecida. Toda la vida es insuficiente para agradecer este don, el más grande, hermoso y sublime que puede concederse a una criatura.

²³ *Epistolario*, a todos los sacerdotes legionarios, Jueves Santo de 1983.

La consagración va indeleblemente vinculada al carácter sacerdotal. «Todo carácter sacramental hace que el proyecto que Dios elabora para una existencia humana no se quede simplemente en su voluntad, sino que, imborrable, se imprima en el ser íntimo de la persona. Así, este proyecto puede realizarse no como algo impuesto, sino desde el interior del cristiano.

Gracias al carácter sacerdotal, la identidad del presbítero no es un trazado que lo configura desde fuera, sino una fuerza viva que se injerta en la intimidad de la persona haciéndose inseparable de su propio ser»²⁴. El carácter sacerdotal lo convierte en propiedad especial de Dios: es de Dios y para Dios a título exclusivo. Tan grande misterio no puede ser vivido sino con una actitud profundamente teologal, al mejor estilo del sacerdote católico: estar al borde del nuevo misterio con la sencillez más profunda, con la fe más radical e iluminada, con el amor que hace gozarlo y desearlo a él en cada momento, con total confianza en su poder y en su misericordia.

Esta consagración se vive en el mundo pero sin ser del mundo, es apartamiento y a la vez acercamiento al mundo de los hombres, es conjuntamente segregación y dedicación. El padre Maciel se explica en estos términos: «Sentimos en carne viva la eterna paradoja de vivir en el mundo sin ser del mundo. Éste es el gran riesgo y la gran coyuntura de nuestra consagración sacerdotal. ¿No os ha impresionada nunca la frescura del lirio acuático floreciendo en medio del légamo del pantano?»²⁵.

²⁴ Marcial Maciel, *La formación integral del sacerdote católico*, CES, Roma, 1991, p. 20.

²⁵ *Epistolario*, a todos los sacerdotes, 1 de marzo de 1974-2 de octubre de 1978.

5. La misión: «Yo os envío» (Mt 10, 16)

Está claro que la misión del sacerdote no puede ser otra distinta de la de Cristo. El sacerdote, en efecto, es continuador de su misión, es el fuego de Cristo encendiendo corazones en el curso de la historia. Con razón Cristo resucitado dijo a los suyos: «Id al mundo entero y predicad el evangelio a toda la creación». El fundador de los Legionarios de Cristo es muy consciente de toda esta misteriosa realidad. Escribe: «Ustedes son los continuadores de la misión de Jesucristo: han sido enviados a predicar a toda criatura la buena nueva, a santificar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y a organizar la comunidad de los fieles para que alaben al Padre bondadoso que ha querido hacerles partícipes de su vida divina»²⁶.

Esta misión de Jesucristo al sacerdote es absolutamente personal e intransferible, y ha de sacudir vigorosamente las fibras más íntimas del ministro de Dios, conduciéndole, en consecuencia, a una conciencia mayor de la misión que Dios pone en sus manos, un verdadero reto del Espíritu en este momento de la historia del mundo y de la Iglesia.

Para atraer con más vehemencia la voluntad del legionario hacia la misión recibida de Dios, el padre Maciel recalca el ejemplo de Jesucristo, polarizado por la misión. «Jesús se define a sí mismo como un *enviado*. Desde niño expresa a la santísima Virgen la urgencia de la misión que su Padre del cielo le ha asignado. Y sus últimas palabras, colgado del madero de la cruz, son el informe de su misión: 'consummatum est'²⁷.

²⁶ *Epistolario*, a diáconos, 14 de agosto de 1984.

²⁷ *Epistolario*, a los legionarios de Salamanca, 15 de abril de 1981.

¿Quién es el que pone en movimiento el espíritu humano para que se lance decididamente al cumplimiento de esta noble misión? La respuesta no admite dudas: el Espíritu Santo, santificador de las almas y vivificador de la Iglesia. Él nos recuerda continuamente que debemos establecer el reino de Dios, que el reino de Dios está cerca, que es necesario llevarlo a cada hombre, a cada pueblo, al mundo entero, para que se pueda realizar la participación en la filiación del Padre celestial, en la fraternidad con Cristo y con toda la humanidad, sin distinciones de razas o naciones.

El fundador de la Legión de Cristo describe las características de esta misión con transparencia y en términos sencillos y accesibles. 1) Apostolado intenso, por la dedicación y el dinamismo que pongáis en vuestras tareas apostólicas. 2) Apostolado hecho con criterio sobrenatural, es decir, apoyados más en la gracia, en los medios sobrenaturales y en las virtudes cristianas, que en los recursos humanos, materiales y externos. 3) Apostolado hecho por obediencia. Es decir, para cumplir la voluntad de Dios. 4) Apostolado hecho en la presencia de Dios. 5) Apostolado llevado a cabo con orden externo. Orden en las ocupaciones diversas, según la conocida jerarquía de valores, y 6) Apostolado respaldado por virtudes sólidas, especialmente por la obediencia, la caridad, la humildad, la abnegación y mortificación, la paciencia, la fortaleza y la modestia²⁸.

¿Qué hacer ante misión tan magnífica y escalofriante? La actitud del alma generosa ha de ser la de identificarse con la propia misión y consagrarse enteramente a ella, ya que compromete todas las dimensiones del ser humano. «El apóstol se debe a la misión, vive enamorado y enajenado por ella, siente que la misión es más grande que él

²⁸ Cf. *Epistolario*, a los nuevos sacerdotes, 15 de agosto de 1983.

mismo, porque se identifica con el plan eterno de Dios que quiere la salvación de todos los hombres y es, por tanto, lo más grandioso que se pueda pensar»²⁹. De la identificación entre el ser y el obrar nace la firmeza, la serenidad, la autenticidad, el ímpetu juvenil y arrollador de la vida con ideal.

6. La consumación: «He terminado la carrera» (2 Tm 4, 7)

Ante la muerte del primer sacerdote legionario, a causa de un accidente, escribe el padre Maciel: «Nuestro querido padre 'X' se fue pronto; pero se fue contento y tranquilo. Él y Dios tenían prisa de encontrarse para siempre y al finalizar su carrera bien pudo decir con san Pablo: 'Cursum consummavi, fidem servavi'»³⁰. La muerte, aun en plena madurez, es un premio y un triunfo para quien ha vivido entregado a la misión y cree en la resurrección con Cristo; y lo es igualmente para la institución que lo ha engendrado espiritualmente y lo ha guiado hacia el encuentro definitivo con Dios.

La razón de este triunfo radica en la participación del sacerdocio eterno de Jesucristo. «'Tu es sacerdos in aeternum...'. Tended vuestra mirada hacia adelante, contemplad el camino que haréis a lo largo de los años venideros, hundid vuestro pensamiento en la misma eternidad y os encontraréis revestidos siempre de ese carácter indeleble de ungidos del Señor»³¹.

A esa eternidad con Cristo sacerdote sólo pasa el amor, lo que hayamos hecho por Cristo y los hermanos. «A medida que la vida

²⁹ *Epistolario*, a todos los legionarios, 3 de enero de 1976.

³⁰ *Epistolario*, a los legionarios de Roma, 21 de septiembre de 1966.

³¹ *Epistolario*, a los nuevos sacerdotes, 15 de agosto de 1983.

avanza y la eternidad se acerca, sólo el amor de Cristo queda, y todo lo demás se va convirtiendo en humo, en niebla, en nada»³².

En realidad, a esta consumación en la eternidad tiende todo ser humano irremisiblemente, en cuanto que aquí no existe patria definitiva. En el caso del sacerdote, esta atracción de eternidad es todavía más poderosa, porque todo su ser sacerdotal tiende permanentemente hacia Dios, a quien ha entregado su vida y en quien está su anclaje temporal y eterno. «Así es como llenos de esperanza por el cumplimiento de la misión que él realizó, realmente encontramos una razón de ser, de existir para trascender después en la gloria de Dios por toda la eternidad»³³.

Frente a la grandeza de la vocación sacerdotal, iniciada y consumada en la misma eternidad de Dios, no cabe mejor postura que el agradecimiento y el amor, formulados en sencilla plegaria:

Te amo, Señor, por el gran don del sacerdocio.
Por ese misterio de poder que has depositado
en mis manos temblorosas.
El don de tu perdón
que abre el océano de tu gracia
al océano de nuestra miseria.
Tiemblo ante la grandeza de este misterio
porque llevo tu tesoro en vaso de barro.

Te amo, Señor,
porque me has elegido entre todos,

³² *Epistolario*, a los legionarios, 4 de abril de 1981.

³³ *Homilía* del padre Maciel en Fregene (Italia), 10 de enero de 1982.

para ser la atadura y la hoz
de esta mies amarilla.
Porque me has elegido con un amor triple,
como el de Pedro,
para conducir tu rebaño de hombres
por tus altos caminos»³⁴.

ANTONIO IZQUIERDO

Español, nacido en 1944, se licenció en filosofía y teología por la Pontificia Universidad Gregoriana en Roma. Hizo cursos de especialización en sagrada Escritura en el Instituto bíblico de Roma y en la Escuela bíblica de Jerusalén. Actualmente enseña en el Centro de estudios superiores y en el *International Center of Educational Sciences* (ambos en Roma). Publicó, entre otros libros, *Catecismo de la Iglesia católica. Síntesis en preguntas* (México, 1993).

³⁴ Marcial Maciel, *Salterio de mis días*, pp. 116-117.

